

Dejarse interrumpir.

Mirada teológica sobre las transformaciones de la religión

Benoit Mathot Flamand
Universidad Católica del Maule
bmathot@ucm.cl

Introducción

La fe cristiana vive hoy, en Bélgica, una crisis mayor: crisis de frecuentación, pero también crisis de credibilidad. En varios de sus artículos, el teólogo belga Lieven Boeve habla, en este contexto, de una interrupción cultural de la fe, en el sentido que la fe no se transmite más de una generación a otra. Esto no es una posición ideológica, sino un hecho, una realidad cruel, pero que es necesario ver para proponer pistas hacia un cambio situación.

En la conferencia dada en el Centro de extensión de la Universidad Católica del Maule, titulada *Dejarse interrumpir. Mirada teológica sobre las transformaciones de la religión*, comencé por presentar algunos datos empíricos para plantear la situación de la fe cristiana en Bélgica de manera concreta. En un segundo momento, presenté dos tentativas teológicas diferentes, pero que en el fondo me parecen similares, para enfrentar esta situación de interrupción cultural: la condenación y la adaptación. En un tercer momento, presenté la hipótesis de Lieven Boeve de una tercera vía, la del *dejarse interrumpir*, acompañada de algunos ejemplos bíblicos para mostrar su anclaje en los textos sagrados. Y por último, en un cuarto momento, aporté un ejemplo concreto, en Bélgica, de lo que podía producir esta práctica de la interrupción para quien relee en esta interrupción los surgimientos de Dios mismo.

Algunos datos empíricos

Para presentar estos datos, me refiero a una gran encuesta realizada en 2012 por actores del mundo universitario, pero también del mundo eclesial, asociativo, periodístico, etc¹. ¿Qué constata esta encuesta? De manera previsible, constata lo que todo el mundo ya sabía: una caída de la religión cristiana, especialmente para

¹ Sobre estos datos concretos, ver Liliane VOYE y Karel DOBBELAERE, “Portrait du catholicisme en Belgique”, en Alfonso PEREZ AGOTE (dir.). *Portraits du catholicisme : une comparaison européenne*. Presses universitaires de Rennes, coll. Sciences des religions: Rennes, 2012, p. 11-61.

las generaciones más jóvenes (caída en su práctica, caída en la credibilidad de sus creencias, caída de su presencia en el espacio social, caída de las vocaciones religiosas, etc.). Por ejemplo, se mide que la práctica religiosa mensual pasa en Bélgica, entre 1981 y 2009, de 47% a 15%. En las mismas fechas, las personas que se declaran sin religión pasaron de 23% a 46%. Ahora, si observamos la situación religiosa en función de las edades, y consideramos a los menores de 29 años, constatamos que solamente 3% de este grupo pertenece los católicos denominados “núcleo” (es decir, aquellos que van a misa una vez al mes), que 17% son católicos “pasivos” (es decir que van a la misa una vez al año), que 17% son católicos “periféricos” (es decir que se definen como católicos, pero sin práctica religiosa), y por último que 63% de los jóvenes de menos de 29 años se definen como “sin religión”.

Otras estadísticas muy interesantes: la evolución del carácter justificable de algunos comportamientos (por ejemplo la eutanasia, el aborto, el suicidio, la homosexualidad). ¿Cuál es la evolución en el reconocimiento del carácter justificable de estos comportamientos? A propósito de la eutanasia: en 1981, 13% de los belgas consideraban este comportamiento como justificable. En 2009, 51% lo considera como justificable. Otro ejemplo, a propósito de la homosexualidad, pasamos de 9% a 35% de la población que considera este comportamiento como justificable. Comentario de los autores de la encuesta: no solamente las creencias y las prácticas religiosas de la Iglesia están en disminución, pero también sus principios éticos. Entonces, este fenómeno de reflujo es más general que simplemente una crisis de la frecuentación de las misas.

Por último, algunas otras estadísticas para afinar este panorama: en 1960, el número de sacerdotes diocesanos era en Bélgica de 10.404. En 2008, son 4132 (y en este grupo actualmente hay muchos sacerdotes extranjeros). Otra constatación: en 1973, hubo 9141 religiosos, contra 3473 en 2008. Y la proporción de caída es la misma para las religiosas. Lo que es significativo es que en el grupo de los religiosas, si observamos la repartición en términos de edades, constatamos que 96% de las religiosas tienen más que 60 años al norte del país (más del 60% tiene más de 75 años). Y al sur del país, son 91% de religiosas a tener más de 60 años (y más o menos 60% a tener más de 75 años). Por supuesto, hay novicias, pero son muy pocas, y además no son tan jóvenes, lo que no permite imaginar un cambio de perspectiva.

Entonces, se puede observar que estamos en una situación un poco “trágica” para la fe cristiana, que aparece como en estado de “exculturación” (es decir de salida de la cultura). En efecto, estamos frente a una religión cristiana que se presenta como

“interrumpida” en su transmisión por la cultura y las evoluciones de la sociedad; “interrumpida” también por el encuentro del otro (por ejemplo todas las personas que tienen otra religión que la religión católica, y en Bélgica, son principalmente los musulmanes quienes representan de manera mayoritaria esta alteridad religiosa).

Dos tentativas diferentes (¿ también similares?)

Después de haber realizado estas constataciones, era necesario pensar dichas situaciones a partir de un punto de vista teológico. En efecto, ¿cómo interpretar teológicamente estas evoluciones, así como el panorama de las soluciones que han podido ser construidas para responder a estas evoluciones? Con Lieven Boeve, podríamos decir que estos diagnósticos y estas soluciones se presentan a menudo como una alternativa entre dos opciones: la primera solución preconizaría una *adaptación* de la religión católica a la cultura contemporánea, mientras que la segunda preconizaría la opción inversa, la de un rechazo de todo tipo de relación positiva entre la religión católica y la cultura contemporánea².

El primer caso se encuentra, por ejemplo, en la voluntad manifestada por algunos cristianos de atenuar la singularidad de la fe cristiana, por ejemplo considerando que, finalmente, la figura de Jesús Cristo podría ser interpretada como maestro de sabiduría humana, recibiendo de esta manera la misma importancia que otras figuras espirituales importantes, como por ejemplo: Mahoma, Buda o Gandhi, etc. Sin embargo, estos cristianos, que intentan pues construir una identidad propia del cristianismo en un contexto cultural nuevo, pierden, actuando de esta manera, un elemento central de la fe cristiana: el elemento que afirma que Dios se ha manifestado en la persona de Jesús de una manera inigualable en la historia. Es efectivamente la base de la doctrina cristiana de reconocer en Jesús Cristo, no *una* manifestación de Dios entre otras manifestaciones de igual valor, sino *la* manifestación completa y definitiva de Dios en la historia humana.

Por su parte, el segundo caso se encuentra en el rechazo de toda relación fecunda o constructiva entre la fe cristiana y la sociedad contemporánea. Y aquí surge el tema del repliegue identitario sobre su propia tradición confesional que se presenta como siendo la única solución alternativa posible. Sin embargo, sabemos que los resultados de este tipo de repliegue jamás han sido positivos en la historia. Además, esta actitud de repliegue olvida dos elementos centrales para la fe cristiana:

² Sobre esta alternativa, así como sobre lo que sigue, ver: BOEVE, L. “La définition la plus courte de la religion : interruption”, in *Vie consacrée*, 2003/1, pp. 14-15.

primer elemento, el hecho que la fe cristiana está siempre acompañada de un compromiso hacia la cultura y la sociedad; y segundo elemento, que la transmisión de la fe jamás ha sido una transmisión inalterada a través de los siglos. En efecto, siempre creyentes y teólogos han escuchado los signos de los tiempos, siempre han dialogado con otras corrientes filosóficas y teológicas, también con los aportes de las otras culturas. Entonces, la actitud que consistiría en negar aportes exteriores conduciría inexorablemente a rechazarse a sí mismo.

Mi postulado es que estas dos actitudes, aunque muy diferentes, tienen en común un mismo problema con el tema de la interrupción. ¿En qué consiste este problema? De toda evidencia, los partidarios del repliegue se oponen a la perspectiva de una interrupción cultural de la fe cristiana. Consideran en efecto esta interrupción como problemática, como un peligro mortal y una tragedia de lo cual hay que protegerse. Y por esto, prefieren replegarse sobre su propia tradición. Pero, de manera paradójica, pienso que los partidarios de la adaptación de la fe cristiana hacia el mundo contemporáneo tienen el mismo problema con la interrupción. Parece extraño, porque podríamos pensar que, justamente, les gustaría la interrupción, sin embargo se trata de una manera de aceptar la interrupción cultural que, justamente, permite evitar enfrentarse realmente con la interrupción y sus inconvenientes. En efecto, jamás es fácil vivir una interrupción de su tradición.

La posibilidad de una tercera vía

Entonces, la cuestión sigue siendo la misma: ¿cómo hacer con la interrupción cultural que conocemos ahora? Al igual que el teólogo Lieven Boeve, hemos desarrollado la idea según la cual deberíamos aceptar dejarnos interrumpir por la cultura contemporánea. No porque nos guste particularmente la interrupción (sabemos que no es una cosa a buscar como tal), sino porque, en la base de este momento de interrupción, podemos encontrar la idea, teológicamente muy interesante, según la cual la tradición cristiana, en su inicio, se funda precisamente sobre la revelación de *un Dios que interrumpe* las situaciones y los relatos³. En efecto, el Dios de los cristianos aparece bien como un Dios que, él también, interrumpe siempre las prácticas sociales y religiosas bien establecidas, o las historias de vida que estaban replegadas sobre ellas mismas, sin ninguna posibilidad de apertura o de cambio. Y la misma cosa vale por el Cristo, que aparece como una persona que va a interrumpir, o que va a dejarse interrumpir por los otros. De nuevo, dejarse interrumpir por la cultura no significa resignarse a un cambio trágico e inevitable para la religión cristiana, sino intentar una profundización teológica del gesto cristiano. Gesto que, precisamente, funda nuestra propia tradición religiosa sobre una serie de interrupciones divinas.

³ BOEVE, L. Ibidem, pp. 25-28.

Ejemplos bíblicos

Encontramos esta práctica interruptora de Dios en el Antiguo Testamento, por ejemplo cuando el pueblo hebreo estaba en exilio en Egipto y vivía en la alienación, es Dios mismo que ha reabierto su relato (o su historia) por la intervención de Moisés. Después, cuando este mismo pueblo hebreo va a separarse de Dios, comenzando a celebrar otros dioses, de nuevo Dios va a interrumpir esta historia, mandando algunos profetas que tenían como misión reabrirlos. De la misma manera, cuando los reyes del pueblo judío van a devenir corruptos, o cuando este pueblo mismo va a causar dificultades para los pobres o para los extranjeros, de nuevo Dios va a interrumpir esta historia, mandando algunos profetas para reabrir estas historias (o estos relatos) que se cierran poco a poco, separándose de la gracia.

En el Nuevo Testamento también encontramos los rastros de un Dios que interrumpe las historias cerradas para reabrirlos. Esto pasa por ejemplo cuando Jesús critica la obediencia escrupulosa a la ley, o cuando perdona los pecados, o cuando invita a devenir como niños, como pobres, como excluidos, como perseguidos, etc. Y Jesús profundiza esta interrupción cuando invita a reconocer a Dios mismo en un prisionero, en un pobre, en un niño, etc. Y es el Sermón de la montaña que es, sin duda, el más emblemático de esta práctica. Todos estos ejemplos son interrupciones porque, actuando de esta manera, Jesús interrumpe nuestras representaciones fijadas de Dios, o de los otros, o de sí mismo. Y estas interrupciones tienen como efecto la reapertura de un sentido posible.

A propósito de la práctica de la interrupción, el teólogo Lieven Boeve escribe:

“La interrupción cultural del relato cristiano ofrece la oportunidad a los cristianos de reconstruir su relato en un relato abierto. Un relato abierto – interrumpido – cristiano puede ser, no solamente creíble, sino también teológicamente legítimo. Los cristianos viven, en este momento, el relato cristiano por la gracia de la interrupción creada por el encuentro del otro”⁴.

Esta cita expresa un contenido muy fuerte, porque ve en el acontecimiento de la interrupción, no solamente un obstáculo para la fe cristiana, sino también la posibilidad de una recontextualización bienvenida, en la cual van a profundizar el contenido de su propia fe. En efecto, precisa nuestro teólogo:

⁴ Ibidem, p. 27.

“la interrupción cultural actual del relato cristiano deviene así una suerte para ver que la interrupción es propia a su relato, y para ver que precisamente en esta interrupción, Dios trabaja para hacer posible la crítica de la clausura de los relatos, y para indicar las vías que alcanzan una creencia contemporánea profundizada⁵”.

En este sentido, hay que reconocer que la interrupción aparece también como una verdadera categoría teológica.

Un ejemplo concreto

El teólogo Lieven Boeve ha desarrollado su propio proyecto cristiano post-interrupción cultural. En efecto, Boeve, quien es profesor de teología en la Universidad Católica de Lovaina, y también director de la enseñanza católica en Flandria, es decir el responsable, elegido por los obispos de Flandria, para dirigir la red de educación católica en la parte flamenca del país. Justamente, en el marco de su trabajo, Boeve ha desarrollado el proyecto de “Escuela del dialogo” que tiene como objetivo permitir a la enseñanza católica flamenca “dejarse interrumpir” de manera constructiva por la presencia de la pluralidad religiosa en Flandria, y especialmente por la religión islámica.

El argumento de Boeve es el siguiente: *“Frente a los cambios culturales que se producen ahora (es decir la interrupción), si no hacemos nada, vamos a desaparecer”*. Entonces, *“debemos cambiar y considerar que la época del sistema de educación católica por y para los católicos ha terminado”*⁶. Y efectivamente, si continuamos reservando la enseñanza católica a los alumnos católicos, la enseñanza católica desaparecería. Entonces, tenemos que abrir nuestra identidad a los otros (agnósticos y musulmanes). En dirección de los agnósticos, esto pasa por la aceptación de la libertad de creencia para los alumnos que vienen a la red católica, y en dirección de los musulmanes, esto pasa por la creación de lugares de oraciones para los musulmanes, la autorización de llevar un velo, la posibilidad de integrar un curso de religión islámica en las escuelas católicas, etc.

Para el mundo católico flamenco, históricamente muy importante, estos cambios eran muy difíciles de aceptar. Los partidos políticos de derecha, como la parte más conservadora del catolicismo flamenco, han atacado mucho este proyecto de escuelas de diálogo, insistiendo sobre la posible autodestrucción o disolución

⁵ BOEVE, L. Ibidem, p. 28.

⁶ Ver el artículo en línea: https://www.rtbf.be/info/belgique/detail_integrer-l-islam-dans-l-ecole-catholique-l-idee-ne-plait-guere-a-la-n-va?id=9289416

de la red de enseñanza católica a través de su apertura a la diferencia. Para ellos, al contrario, en periodo de interrupción, hay que centrarse sobre sí mismo para combatir este contexto de cambio. Pero la asociación católica de la enseñanza ha arriesgado otra apuesta, y eso no solamente para atraer más alumnos en un contexto de dificultad económica, sino también para profundizar el fondo de su propia identidad católica, a partir y a través de la diferencia del otro que interrumpe su tradición y su manera habitual de vivir su fe.

Conclusión

En conclusión de mi presentación, insiste sobre la idea que nuestras sociedades conocen una época de cambios importantes, en la cual la religión católica pierde poco a poco su audiencia. La religión católica está en efecto interrumpida culturalmente y socialmente en su proceso de transición. Frente a estos cambios, la tentación, a menudo, es doble: o una adaptación total a la cultura, o un repliegue sobre su propia tradición, en el rechazo de todo contacto con la cultura contemporánea. Por nuestra parte, pensamos que la interrupción cultural que vivimos ahora ofrece también, de manera paradójica, la posibilidad de una recontextualización⁷ de la fe cristiana, así como la profundización de su tradición, que se funda ella misma sobre una serie de interrupciones, sean divinas o crísticas. Entonces, la situación no es trágica, porque hay también, para las creyentes, una fuente de esperanza posible: en efecto, los cristianos pueden (y en un sentido deben) acoger y valorizar la diferencia del otro como otro, porque, en el fondo de la fe cristiana, se confiesa que Dios es siempre, para los creyentes, el que se presenta como otro, como un extranjero que los desplaza en sus certezas religiosas e identitarias más fuertemente establecidas.

⁷ BOEVE, L. Ibidem, p. 15.